

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas 5, 1-4a): *El mismo será la paz.*

Salmo (79, 2ac y 3b.15-16.18-19): *«Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»*

2ª lectura (Hebreos 10, 5-10): *He aquí que vengo para hacer tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1, 39-45): *Lo que le ha dicho el Señor, se cumplirá.*

Dos mujeres se encuentran en la sencillez de una aldea de Judea. Comparten una alegría común. Las dos están embarazadas. En lo más profundo de su ser saben que Dios las ha visitado y las ha llamado para dar vida. María lleva en su seno a Jesús e Isabel a Juan. Lucas nos dice que, a través de ellas, fue posible el primer encuentro de sus hijos. Dos mujeres le han dicho «**SÍ**» a Dios y su disponibilidad será una bendición para la humanidad. «**¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!**», dirá Isabel a María.

En el texto evangélico contemplamos cómo Dios se abre camino en la historia de la humanidad a través de la sencillez de dos mujeres. Dios abre un futuro inédito contando con la colaboración de una joven virgen, vecina de una aldea perdida de Galilea; y contando con Isabel, una mujer a la que sus vecinos tenían por estéril. Solo será necesaria la fe, la confianza en la palabra dada por Dios. María creyó en esta palabra. «**Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá**», le dice Isabel a María.

Las mujeres siempre están en las fronteras de la vida, haciendo posible la vida: en la gestación, en el parto, en el cuidado de los hijos, en su acompañamiento y, así, hasta el momento de atravesar la frontera definitiva, cuando la vida toca a su fin. Lo vemos en María, haciendo posible la vida de Jesús, acompañándole a lo largo de su vida hasta la cruz, guardando su vida y su palabra en su corazón; y lo vemos en toda mujer, haciendo posible la vida de su hijo o de su hija. Además de otras cosas, Lucas parece decirnos en este relato que no hay historia de encuentro entre Dios y la humanidad sin la mujer. Sin María, sin Isabel... En aquella sociedad machista y patriarcal Jesús tendrá una relación especial con las mujeres.

Hoy, como siempre, Dios sigue visitando a su pueblo y desea abrir caminos nuevos de vida, de relación, de encuentro, de futuro. **¿Qué caminos desea inaugurar para su pueblo en este momento de la historia? ¿Cómo podemos ayudarnos a abrir las puertas y ventanas de nuestras vidas y de nuestras comunidades para que Dios pueda visitarnos?**

Uno de los rasgos característicos del amor cristiano es saber acudir junto a quien puede estar necesitando nuestra presencia. Ese es precisamente el primer gesto de María después de acoger con fe la misión de ser madre del Salvador. Se pone en camino y marcha aprisa junto a otra mujer que necesita en estos momentos su cercanía, su ayuda.

María se ha puesto en camino «**aprisa**». No quiere llegar tarde, como pasa casi siempre en la atención a los pobres necesitados. La Virgen de la Visitación, en ese momento decisivo de su vida en que podía haber quedado arrebataada en el misterio, ha hecho opción por los necesitados de algo. No lleva regalos, se entrega a sí misma; da su tiempo, su amistad, el cuidado, el vigor y el entusiasmo de sus manos jóvenes. La Virgen llega y se queda, «**sin prisas**», tres largos meses.

María recorre la ruta norte-Nazaret, hacia el sur-Karim. **¡Cuántas evocaciones, cuántos recuerdos e imágenes, trae esa dirección norte-sur a los hombres de buena voluntad de hoy!** Y es que en ese camino hacia el sur se ven a casi todos los hambrientos y humillados de la tierra.

Hay una manera de amar que debemos recuperar en nuestros días y que consiste en “*acompañar a vivir*” a quienes se encuentran hundidos en la soledad, vencidos por las circunstancias, bloqueados por la depresión, atrapados por la enfermedad incurable o sencillamente vacíos de toda alegría y de toda esperanza. Para acompañar a vivir hoy sólo necesitamos ponernos en camino hacia nuestro “*sur particular*”: las periferias de nuestras ciudades (nos dice el Papa) hacia los barrios marginales,...

No se trata de hacer “*cosas grandes*”. No se trata de pertenecer a “*muchos grupos*”, quizás sencillamente se trate de ofrecer amistad a ese vecino hundido en la soledad y la desconfianza, igual se trata de estar cerca de ese joven que sufre depresión nerviosa, o de tener paciencia con ese anciano que busca ser escuchado por alguien y a quien hay que repetir muchas veces las mismas cosas sin perder la paciencia. Quizás se trate de estar junto a esos padres que tienen a su hijo en la cárcel, o de alegrar el rostro de ese niño solitario marcado por la separación de sus padres.

El evangelio de hoy, el ejemplo de María, nos pide llegar “*aprisa*” y estar con ellos “*sin prisas*”, **¡Qué difícil sin reloj, sin agitación, despacio y sin prisa!** Nos pide entregar nuestro tiempo, nuestra cercanía, nuestra presencia alegre, nuestra ayuda económica si es que no podemos hacer otra cosa.